

AGENDA CIUDADANA

CADA VEZ MÁS CERCANOS PERO MUY DIFERENTES

Lorenzo Meyer

Integrados sí, pero ¿Para Qué?.- Hoy, como nunca antes, México está cerca de –y cercado por—Estados Unidos. Y, sin embargo, entre los dos países persisten las grandes diferencias. Dejamos de ser “vecinos distantes” pero nos mantenemos como “vecinos distintos”. Realmente ninguna de las dos clases dirigentes sabe como manejar esa integración ni, menos, sabe para qué la quiere.

Las diferencias entre el norte y sur del Río Bravo han cambiado a lo largo del tiempo, pero en muchos sentidos se mantienen tan grandes como en el pasado, lo que impide llevar adelante algún tipo de gran proyecto común. La nueva Europa, la de los 25 que empezó hace más de medio siglo como un arreglo de dos –Alemania y Francia y la integración de sus industrias del carbón y del acero según el “Plan Schuman”--, es hoy un enorme telón de fondo que hace más evidente que de este lado del Atlántico, en el alguna vez llamado “Nuevo Mundo”, la construcción de una asociación de proyectos nacionales de países con muy diferentes grados de desarrollo, sigue siendo algo tan remoto como cuando los recién nacidos estados latinoamericanos propusieron la construcción de una gran asociación continental --a la que Estados Unidos fue invitado por iniciativa de México-- pero que finalmente no pasó de un irrelevante “Congreso de Panamá” en 1826.

Es verdad que con el advenimiento de la democracia a México, nuestro sistema político cambió de dirección y ha empezado a marchar más o menos en la misma dirección que Estados Unidos lo hizo hace ya un par de siglos. Sin embargo, y a pesar de indicadores de cercanía entre los dos países, como son la democracia, el Tratado de

Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) o los más de 300 millones de cruces anuales en nuestra frontera común, las diferencias son enormes, persisten y en algunos aspectos se ahondan.

Una Vieja Preocupación y un Vago Anheló.- En México, la diferencia con nuestros vecinos del norte y la conveniencia de mantenerla, surgió como tema de preocupación de los círculos dirigentes a partir del violento encuentro de 1847 con la fuerza, el empuje y la dureza imperial de los norteamericanos. En ese siglo XIX fueron más los conservadores que los liberales mexicanos quienes hicieron del rechazo de lo yanqui, de la defensa del catolicismo y del hispanismo frente al protestantismo y lo anglosajón, su razón de ser. Sin embargo, en el inicio del siglo XX, fueron la izquierda y los revolucionarios nacionalistas, quienes tomaron la bandera del antiimperialismo y antinorteamericanismo.

En contraste, hoy ya no hay ninguna fuerza política mexicana que tenga como bandera el mantenimiento de las diferencias con Estados Unidos. Sin embargo, tampoco hay alguna que abiertamente haga de la integración con el vecino del norte el gran proyecto del futuro, en parte porque persiste en la sociedad mexicana un vago pero difundido deseo de encontrar una vía que le permita desarrollarse económicamente con éxito pero sin tener que abatir las banderas del nacionalismo, sin tener que disolver su identidad y pasar a ser “el patio trasero” del coloso norteamericano.

De Tomar Distancia a la Integración .- Al inicio del siglo XX se publicó *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó. La obra, que tuvo gran influencia en los círculos intelectuales latinoamericanos, buscó contrastar la supuesta espiritualidad hispanoamericana con “la concepción utilitaria como idea del destino humano y la

igualdad en lo mediocre como norma de la concepción social” que dominaba en Estados Unidos, (*Ariel*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 33). Rodó proponía atajar el proceso de *deslatinización* de América por considerarle el prelude para rehacer la región “a imagen y semejanza del arquetipo del Norte” (p. 34). Lo apropiado, señaló Rodó, sería que cada una de las dos Américas mantuviera su supuesta vocación y mantuviera “la dualidad original”. En principio y en términos morales, supuso que ambas Américas eran distintas y que había que preservar esa diferencia sin pretender ninguna superioridad frente a la otra. Influidor por Rodó y por el nacionalismo generado por la Revolución Mexicana, José Vasconcelos desarrolló su teoría de la “raza cósmica”. Se trataba de la síntesis de todas las razas originales que se daba en América Latina y que hacía a México y a la región, cuna de una nueva y gran civilización, sin precedentes en la historia. Una civilización que, en principio, sí era superior a la que dominaba en Estados Unidos, aunque esa superioridad no se notaba aún porque las “capacidades prácticas” norteamericanas combinadas con una “visión clara de un gran destino”, habían dado al “sajonismo” una ventaja material sobre el “hispanoamericanismo bolivariano” (véanse: *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana* y también, *Bolivarismo y monroísmo*).

Hoy, a un siglo de distancia, las visiones de Rodó y Vasconcelos tienen poco o nada que decirle al latinoamericano de nuestros días. Lo que es un hecho es que nuestro continente se mantiene tan dividido como siempre, pero esa división y diferencia entre norte y sur ya no se explica tanto por variables culturales como las que usaron Rodó o Vasconcelos, sino por las de carácter duro, económicas e institucionales. Además, hace ya tiempo que en América Latina, salvo en Cuba, se dejó de considerar seriamente la posibilidad de seguir un modelo de desarrollo

diferente y contrastante al de Estados Unidos. Hoy todos los países del continente, con la obvia excepción de la gran isla del Caribe, están tratando, por convicción o por falta de alternativa, de seguir alguna variante de lo que se puede llamar “el modelo americano”, pero su éxito ha sido escaso y la distancia y contraste entre las dos Américas es tan persistente como exasperante. Esa diferencia se encuentra lo mismo en la capacidad económica o el poder militar, que en las estructuras institucionales o sociales, en el sistema jurídico que en la historia, la religión, el idioma, la composición racial o en la visión de que es lo realmente importante, de lo que cada sociedad debe de enfrentar y resolver para ganar un futuro digno.

Es justo en esto último, en la diferencia de las agendas de las dos Américas, donde hoy se refleja muy bien una visión del mundo que dificulta el entendimiento entre ambas y desemboca en desencuentros que afectan, sobre todo, a la parte más débil y urgida de colaboración.

La Cercanía Material de México con Estados Unidos.- La cercanía de nuestro país con su vecino del norte es hoy mayor que nunca. Se trata de una proximidad unilateral y dependiente. Los indicadores en este campo nunca antes habían alcanzado las concentraciones actuales. Si tomamos el comercio exterior, encontramos que en el 2002 el 89% de nuestras exportaciones (143, 257 millones de dólares) se dirigieron a nuestro poderoso socio en el marco del TLCAN, y viendo el tema desde el lado de las importaciones (106, 922 millones de dólares), el 63% provinieron de Estados Unidos. Si tomamos la migración de mexicanos, tenemos que 10 millones de nuestros conciudadanos residen en Estados Unidos (20% de los cuales ya tienen nacionalidad estadounidense) y las remesas de los mexicanos a sus familiares en México llegan ya a los 14 mil millones de dólares anuales. Los mexicanos radicados en

el resto del mundo son, en términos relativos, insignificantes. La frontera mexicano-americana registra más de 310 millones de cruces anuales. Si de inversión externa se trata, los norteamericanos controlaron el 54%. Los indicadores pueden seguir acumulándose pero todos apuntarán en la misma dirección. Desde esta óptica, México y Estados Unidos están tan o más integrados que los países de la Unión Europea.

Las Diferencias.- México se integra a un país que por mucho tiempo consideró su enemigo, a una velocidad y a un grado impensables hace apenas cinco lustros, cuando aún era vigente el nacionalismo posrevolucionario y el mercado interno y protegido era el motor de nuestra economía. Ese hecho mismo no es único, la actual Unión Europea tiene en su centro la integración de dos enemigos históricos: Alemania y Francia. En el caso mexicano, el gran problema, es que la integración se hace sin un verdadero plan, sin una visión común del futuro a ambos lados de la frontera. Y eso queda comprobado al examinar las prioridades nacionales.

México, por su historia, no puede ser otra cosa que antiimperialista. Está en el interés mexicano lograr que el sistema internacional sea regido por los principios negociados dentro de los organismos internacionales. Su prioridad interna frente a Estados Unidos es lograr un acuerdo de migración, y en relación a sí mismo es salir de la mediocridad que significa un crecimiento real promedio anual de apenas el 0.6% en los últimos 22 años. México sabe que debe superar esa brutal desigualdad social histórica que implica que hoy el 10% de las familias más pobres reciban apenas el 1.5% del ingreso disponible en tanto que el 10% más afortunado se queda con casi el 40%. Y respecto de su recién adquirida democracia, les interesa aumentar su calidad, que el aparato gubernamental supere su ineficacia abata su corrupción y que la impartición de justicia llegue a merecer realmente ese nombre.

En contraste, Estados Unidos es hoy el centro mismo de una política imperial abierta, que exige al resto del mundo un apoyo incondicional que no se distingue de la sumisión. Su desdén por las soluciones negociadas y multilaterales dentro del marco de la ONU quedó de manifiesto, una vez más, con la invasión y ocupación de Irak en el 2003. La norteamericana es una sociedad que usa el trabajo migrante pero no desea darle un reconocimiento formal. Es una sociedad rica –el ingreso promedio per capita es superior a 35 mil dólares anuales–, pero innecesariamente injusta. En Estados Unidos el coeficiente de Gini –donde el 0 significa igualdad absoluta en el ingreso y 100 desigualdad absoluta— es de 40.8, más o menos similar al de Ghana, muy lejos del de Suecia que es 25 y muy cerca del de México, que es de 53.1. En un país tan extraordinariamente rico como Estados Unidos, 34.6 millones de personas de un total de 290 millones, viven por debajo de la llamada línea de pobreza. Y esa pobreza no es resultado de una economía estancada ni de falta de empleo sino de la mala distribución del ingreso. El *Center on Budget and Policy Priorities* reporta que el número de personas que viven en familias que trabajan, tienen niños pero no cuentan con ingresos para cubrir sus necesidades básicas son 43 millones (Chicago Tribune, 25 de abril). Hace tiempo que Washington perdió la llamada “guerra contra la pobreza” declarada hace 40 años por el presidente Lyndon Johnson, pero eso no le impide hoy gastar miles de millones de dólares para ganar otra guerra al otro lado del mundo y francamente imperial: la de Irak. Los movimientos significativos de protesta de la sociedad norteamericana como el que congregó a un millón de personas en Washington el pasado 25 de abril –el mayor en los últimos doce años-- no son para obligar a su gobierno a cambiar las grandes prioridades sino para impedir que se

meta en la vida personal de sus ciudadanos, específicamente para que no interfiera con los derechos de las mujeres a acudir al aborto cuando así lo deseen.

En suma, las prioridades de las dos sociedades mexicana y norteamericana, vecinas e integradas pero muy distintas, son tan disímiles que es difícil imaginar como se pueda llegar a construir el proyecto común que le permita a México marchar con un mínimo de convicción, dignidad y entusiasmo al lado del “socio” norteamericano.